

lista, motivo por el que critica la edición de Thomson, que adoptó casi siempre grafías normativistas (clasicistas). Frente a esta postura, el Prof. Maurilio Pérez proclama paladinamente la necesidad de intentar aproximarse, "en la medida de lo posible", a la grafía original. Si el estudio gráfico-fonético se lleva a cabo teniendo en cuenta las variantes de los cuatro manuscritos, el morfosintáctico se realizará basándose casi sólo en la edición crítica patrocinada por nuestro editor, quien justifica el cambio de criterio aduciendo que su aparato crítico "no contiene variantes gráfico-fonéticas más que circunstancialmente, mientras que incluye los demás tipos de variantes, que permiten efectuar el estudio de la morfosintaxis, léxico, etc. de un manuscrito concreto". Por otra parte, es indudable que, de tener en cuenta las abundantísimas variantes morfosintácticas que presentan los cuatro manuscritos, su estudio resultaría interminable. Y lo mismo cabe decir del léxico. Tal vez esta consideración (y la apuntada en la nota 411, p.189) sea lo que explique la adición de un amplio apéndice (pp.293-351) con la transcripción paleográfica de los cuatro manuscritos, transcripción que pudiera considerarse superflua desde el momento en que el minucioso y pormenorizado aparato crítico registra la práctica totalidad de las variantes textuales. Que de ello es consciente el editor se patentiza cuando de manera taxativa afirma (p.133) que, mientras su aparato crítico no contiene variantes gráfico-fonéticas más que circunstancialmente, incluye en cambio "los demás tipos de variantes, que permiten efectuar el estudio de la morfosintaxis, léxico, etc. de un manuscrito concreto". A pesar de ello, su ausencia no habría menoscabado en modo alguno esta magnífica obra.

El capítulo séptimo (pp.169-186), pórtico de la II parte, aborda cuestiones codicológicas y paleográficas: la descripción de los cuatro códices medievales, denominados A, B, G y T (pp.169-176) y de los tres códices 'modernos' (dos del XVII y uno del XVIII), meras copias del A (pp.176-178), algunas puntualizaciones paleográficas (pp.178-181) y un apunte sobre 'errores gráficos' (pp.181-186).

Este amplio, meticuloso y detallado estudio sirve de introducción a la edición crítica propiamente dicha, precedida a su vez de unas "cuestiones previas" que puntualizan las relaciones entre los manuscritos (pp.189-211), revisan las ediciones anteriores a ésta (pp.211-219), las escasas traducciones existentes (pp.219-220) y los criterios adoptados en la edición que ahora ve la luz. No hay necesidad de decir que, después de cuanto precede, la edición resulta un logro prácticamente definitivo, resultado lógico y esperable de quien ha consagrado mucho tiempo, mucha solicitud y mucha dedicación a los estudios medievales y que hoy goza de un reconocido prestigio en este campo.

Una extensa bibliografía y cuatro exhaustivo índices (temático, léxico, onomástico y de autores modernos) ponen un colofón práctico a esta espléndida edición del profesor leonés Maurilio Pérez González.

Manuel-Antonio Marcos Casquero

Castro Díez, Asunción, *Sabino Ordás, una poética*. Diputación Provincial de León / Instituto Leonés de Cultura (Breviarios de la calle del Pez), 2001. 144pp.

A finales del decenio de los setenta apareció en las páginas del diario *Pueblo* la firma de Sabino Ordás, un intelectual que había regresado del exilio para pasar sus úl-

timos años en su pueblo natal de Ardón. La firma dio lugar a todo tipo de especulaciones, hasta que sucesivos rumores confirmaban que bajo el apócrifo se escondían las plumas de Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio y José María Merino. Aquellos artículos de *Pueblo* fueron recogidos después en *Las cenizas del Fénix* (1985), pero Sabino Ordás siguió apareciendo intermitentemente como prologuista de algunos libros de sus creadores. Pasados los años, parece llegado el momento de contar la verdadera la historia, lo que el apócrifo significó como aventura vital, intelectual y literaria de los tres novelistas leoneses. Nadie podría desentrañar el asunto mejor que la Asunción Castro, profesora leonesa en la Universidad de Castilla-La Mancha, profunda conocedora de las obras de Aparicio, Merino y Luis Mateo Díez y de los caminos confluente o divergentes que han venido siguiendo.

Hay que precisar, primeramente, el significado de “grupo leonés” con se apellidó o motejó –“mafia leonesa”– a los tres narradores amigos, a los que se añadían o no otros nombres (Pereira, Llamazares, etc.). La cuestión ha sido tan traída y llevada por unos y otros (hasta en libro: *La invención del grupo leonés*, de C. J. García, en 1995) que conviene ser receloso, ante el sustantivo –grupo–, y ante el adjetivo –leonés–, ajeno a la valoración literaria; de lo que se trata es de precisar los elementos comunes, “las biografías coincidentes” hasta confluir en un apócrifo común. Es lo que hace Asunción Castro, repasando coincidencias cronológicas y de origen, contexto en que los tres se desarrollaron, circunstancias familiares, estudios, la vivencia en el León de los cincuenta, la formación (importancia de cines, tebeos...), el conocimiento del medio rural (Díez y Merino), años universitarios, activismo político, primeras escaramuzas literarias, etc., hasta forjar una amistad entre los tres que se inicia a primeros de los setenta: años fecundos, de primeros premios literarios, de dificultades editoriales, de “creatividad desbordante”, de intercambio de ideas, de proyectos compartidos, como la creación de Sabino Ordás, que da expresión a “una conciencia común de lo literario”.

Sabino Ordás asume “el papel figurado del necesario guía intelectual del que se sienten huérfanos”. A la gestación del apócrifo se dedica el segundo capítulo. Lo primero fue poner nombre (Sabino Ordás) y trazar una biografía: nacimiento en Ardón en 1905, Residencia de Estudiantes, doctorado con Menéndez Pidal, estudios lingüísticos sobre su tierra, exilio en México y Estados Unidos, destacado intelectual, con diferentes aportaciones lingüísticas, regreso, ya jubilado, a su pueblo natal, de cuya reclusión lo sacan tres jóvenes entusiastas que llevan sus artículos al diario madrileño entre noviembre de 1977 y de 1979. Para mayor verosimilitud, aparecieron retratos del apócrifo, se suscitaron complicidades diversas y se solicitó la pluma de don Sabino para prologar algunas obras de los tres narradores leoneses, en algunas de las cuales realizaron alusiones al maestro al que habían dado cuerpo y voz.

En los artículos de Sabino Ordás destaca Asunción Castro dos temas principales: la identidad leonesa (reivindicar y dar a conocer lo leonés, en momentos problemáticos de León como autonomía; creación de territorios literarios inéditos; publicación de obras reivindicativas, como *Los caminos del Esla* (1980), de Merino y Aparicio, o el *Ensayo sobre las pugnias...* (1981), de Aparicio) y el panorama cultural, alejándose los tres narradores leoneses de la moda experimentalista de la época, a favor de “una nueva orientación que va hacia la revalorización del argumento, la permeabilidad

entre la obra literaria y la vida, la fascinación por contar historias y la reivindicación de los pequeños territorios personales como trampolín hacia lo literario universal”.

“El grupo literario *Sabino Ordás*” es capítulo que da cuenta de las afinidades (actividades y proyectos comunes) entre los tres escritores. Castro Díez relata la consolidación del grupo en relación con el proyecto de renovación promocional emprendido por Alfaguara. Allí aparecieron las primeras novelas: *Lo que es del César*, *El caldero de oro* (las dos de 1981) y *Las estaciones provinciales* (1982), de Aparicio, Merino y Díez respectivamente. Con *La orilla oscura* (1985), *El año del francés* (1986) y *La fuente de la edad* (1986) llegarían reconocimientos y premios. La profesora leonesa estudia por extenso la creación del “Grupo de Estudios Gumersindo de Azcárate”, de la colección de “Breviarios...” de la que forma parte este libro de Castro Díez, obras conjuntas (*Parnasillo provincial...*, 1975, *Los caminos del Esla*, 1980, *Cuentos de la calle de la Rúa*, 1989...), la amistad con Ricardo Gullón, cuya figura intelectual y humana vino a coincidir, a posteriori, con la de Sabino Ordás, y en quien vieron al maestro que, a falta de uno, tuvieron que inventar. La implicación en la reivindicación de la identidad leonesa les llevó a indagar en sus raíces y a rescatar algunas de sus señas originarias en obras como *Relato de Babia* (1981), de Díez, por oponer un único ejemplo; a participar en proyectos como la película *El Filandón*, rodada en 1983; a colaborar en revistas como *León*, de la Casa de León en Madrid, o *Tierras de León*; y a participar en León y provincia en foros de debate, jurados, conferencias, ferias del libro, etc., etc. Estas afinidades de grupo ni son excluyentes ni subsumen la especificidad de cada mundo novelístico individual.

La investigadora Castro Díez traza, por fin, la *poética* de Sabino Ordás, en cuanto que en el apócrifo confluyeron reflexiones, ideas, actividades... Difícil es resumir en breves líneas una exposición tan rica como nos ofrece la profesora leonesa. Sabino Ordás significó la comprensión de lo literario por oposición al experimentalismo de moda en los setenta y a favor de la narrativa; referente vivencial paralelo, pero diferenciado por el humor agridulce de Díez, la sátira mordaz de Aparicio y la incorporación de lo fantástico y metaficcional en Merino; impregnación vital de la obra literaria; postulación de una novela inspirada en lo real, pero capaz de crear mundos imaginarios a veces más ricos que los de la realidad; visión compleja del mundo; recuperación de las raíces, sobre las que asientan su mundo ficcional; exploración de la memoria colectiva leonesa; autonomía de los mundos ficcionales, algo que no excluye diferentes compromisos con la realidad; relevancia del hecho mismo de contar historias que, en el caso de Díez y Merino, proviene originariamente de su experiencia de la oralidad, que, a su vez, dota a sus relatos de un destacado componente fantástico; la reflexión metaficcional; en fin: defienden y asumen “modos de narrar que trascienden con creces una visión plana y convencional de lo que más tradicionalmente se ha entendido como realismo”. El referente leonés configura un imaginario paralelo, con llamativas coincidencias, sobre todo en Díez y Aparicio: una misma geografía urbana en sus narraciones, radiografía viva de la ciudad y sus habitantes, personajes perdedores que tratan de superar el entorno precario mediante quiméricas aventuras o imaginando mundos inexistentes; desrealización y parodia de la vida provinciana; personajes pintorescos sacados del acervo popular, creación de mitos populares (Genarín, Chacho, la fuente de la eterna juventud, el caldero de oro...), la universalidad desde los mundos de la provincia, etc., etc. Son razones para que pueda

seguirse hablando de grupo como afinidad vertida en su narrativa y reconocible en el contexto español de la época. No podía faltar la intervención epilodal de Sabino Ordás alabando la labor –admirable, desde luego– de Asunción Castro, que no ha narrado la simple historia de un apócrifo colectivo, sino que ha reflexionado e interpretado críticamente lo que supuso como empresa común, como sustentación primera de una manera de concebir la literatura y de proponer una narratividad diferente a la que se practicaba en la década del setenta, y que dio lugar a mundos ficcionales de extraordinaria fecundidad, que responden a los nombres de Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio y José María Merino.

José Enrique Martínez Fernández

Fernández, Sonsoles (coordinadora), *Tareas y proyectos en clase*, Serie Recursos, Volumen 3, 2001, Madrid, Edinumen, pp.303.

¿Cómo hacer frente a una clase de español y no resultar repetitivos? ¿Cómo despertar la curiosidad de nuestros alumnos y su participación? ¿Cómo facilitar unos contenidos sin ser dogmáticos? ¿Qué materiales utilizar? ¿Cómo? *Tareas y proyectos en clase* es un libro concebido para ayudarnos a resolver todos estos enigmas de la Enseñanza/Aprendizaje del Español como Lengua Extranjera mediante una propuesta original y práctica. Dirigido al profesor de E/LE y coordinado por Sonsoles Fernández, recoge una serie de actividades para el aula de español enmarcadas dentro del Enfoque por Tareas y Proyectos y elaboradas por diversos autores: Mariarita Caselatto, Sonsoles Fernández, María Luisa Letti, María Teresa Mangarano, Antonia Navarro, Marina Russo, María Rosario Uribe y Manuel Vázquez.

Se encuentra dividido en dos partes:

La primera, a modo de introducción, nos sitúa metodológicamente en el Enfoque por Tareas, exponiendo sus principios y principales aportaciones al ámbito de E/LE: la idoneidad de tener en cuenta y utilizar en el aula las necesidades e intereses de los alumnos, para potenciar así su motivación y lograr una mayor eficacia; la importancia de la acción, de la interacción comunicativa auténtica y del proceso de aprendizaje consciente y responsable por parte del alumno “para alentar (...) la participación activa del aprendiz y para fomentar el desarrollo de estrategias de aprendizaje que rentabilicen el propio esfuerzo y favorezcan la autonomía” (pp.16-17). Esto supone un cambio de papeles en el proceso de Enseñanza/Aprendizaje: el profesor pasará a ser orientador, facilitador, organizador, motivador... y el alumno será promotor de su autoaprendizaje.

En esta primera parte se recogen también directrices de tipo práctico con el objetivo de ayudar a los profesores a solucionar los posibles conflictos entre este enfoque y los programas oficiales, así como de orientarles en la elaboración de tareas.

La segunda parte, supone la puesta en práctica de esos presupuestos teóricos dentro de la clase de E/LE, mediante la propuesta de acciones o tareas concretas, auténticas, verosímiles y abiertas a la realidad del alumno, que pueden ser llevadas a cabo en el aula y que implican el uso interactivo y eficaz de la lengua meta.